

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit Fr. Gerundii et Tirabequis in hos barrios adventum nullum in fluxum in horizonte politico exerciturum esse, anathema sit.

Si alguno dijere que la venida de Fr. Gerundio y Tirabeque por estos andurriales no ha de influir nada en el horizonte político, sin que le valga la bula de Meco le sacudo una capillada que le crujo.

CONC. 2. GERUND. CAN. 2.

Per adventum sanctum tuum, libera nos, Domine.

«No hay dómine ni dómina que valga; escusan vds. de venirme con letanías, porque estoy inexorable; para la tempestad de la capillada gerun-

diana ni valen conjuros, ni sirven para-rayos, ella descargará irremisiblemente sobre todo receptáculo de abusos, sea gabinete ministerial, gabinete de lectura ó gabinete anatómico, (1) palacio encantado, ó palacio encantador; salon de columnas ó salon de baile; teatro de la guerra ó teatro dramático; y si el teatro del Príncipe fuera el teatro de los Dioses, y estos lo hicieran mal, el relámpago de la capilla de Fr. Gerundio descubriría las lacras de sus divinas magestades con el salero del mundo. Como á la curiosidad de Fr. Gerundio nadie la ha puesto ni la puede poner cortapisas, si los abusos los atisha en el café, en el Prado ó en el Botánico, desde allí los llevará muy sautamente á la imprenta: porque lo mismo hiciera si los viese en el jardin de las Hespérides, ó en el huerto de Getsemaní.

Esto que acabais de leer ú oír, hermanos míos, se lo espeté literalmente á ciertos hermanos importunos, que no bien había fijado mis consagradas plantas en las calles de esta corte, quando ya me acometieron rogándome que si venia á predicar aquí, por Dios no gerundiase sobre tales y tales cosas. «¿Á mí pedirme condescendencias, y á tales horas!? Guárdeos Dios, hermanos, les añadí, que yo vengo quebrantado, y me voy á descansar.

(1) Lo único que respetará siempre Fr. Gerundio será los gabinetes de dormir: en estos se le podrá liar cualquier secreto con toda confianza.

A tan explícita insinuacion no pudieron menos de darse por entendidos, retirándose amoïnados, y yo tambien me retiré con mi lego á dormir, porque en mí entender no hay cosa que siente mejor á la historia de un viaje que un episodio de sueño.

¡Dormir! ¡Descansar! Santas palabras. ¡Ab! ¿Qué fuera de un pobre general de estos tiempos si despues de las fatigas y sudores que cuesta una victoria, una media victoria, no disfrutase cuatro ó cinco meses de descanso? Ni habria facciones de fundamento, ni generalatos de sustancia. ¿Qué fuera de un infeliz diputado, si despues de cruzar una y otra y otra vez el salon del Congreso, si despues de dar una y otra y otra vuelta de uno en otro y otro banco, no se sentara siquiera un cuarto de hora en cada sesion? Hermanos, las mariposas mismas tienen necesidad de reposar algun tanto despues de revolotear por algun tiempo de una en otra y otra rama, de una en otra y otra flor.

Hicimos, pues, diligencias de proporcionarnos una vivienda provisional ó alojamiento en comision, en donde pudiésemos albergar nuestros fatigados y molidos cuerpos. No sé si fue la divina Providencia, ó si fue el hado ó el araso el que así lo dispuso (que aunque yo creo en Dios á mazo y martillo, no es casa de trouzar ahora el hilo de la historia para andar á trancazos con los deistas, casualistas, fatalistas y demas tropas

enemigas), lo cierto es que recorriendo calles á la aventura, acerté á leer en el esquinazo de una: CALLE DE LA INDEPENDENCIA. «Tirabeque, exclamé al instante, esta es la nuestra: hemos traído el viaje á su verdadero terreno, de aquí no pasamos, porque como decían los magos de Faraon, *verdaderamente el dedo de Dios está aquí.*» Yo apuesto á que si el señor Fontan subió aquella noche al observatorio astronómico, descubrió hácia la puerta de Segovia algun nuevo cometa con barbas y capilla, signo de lo mucho que se ha de gerundiar este año bajo la zona templada.

La fortuna hizo que encontrásemos luego quien nos diese hospedage en caridad por nuestro dinero. Al instante nos dispusieron unas camas blandas de tablas duras, y en ellas nos echamos con la mejor fé del mundo. Yo descansé como un primogénito de casa solariega, y Tirabeque me aseguró que habia dormido como un guardian.

EL ANUNCIO PUDOROSO.

Una de las cosas que desde luego llamaron la atencion de Tirabeque fue un anuncio pegado á todas las esquinas de todas las calles en letras muy gordas que decían ENFERMEDADES VENEREAS.

Y para la mayor y mas fácil inteligencia, y para no dar lugar á anfibológicas y malignas interpretaciones ha tenido el profesor quirúrgico anunciante la precaucion de poner mas abajo la siguiente genuina esposicion: *ó HUMOR GÁLICO.*—Señor, me dijo Tirabeque, eso parece que lo han puesto *adrede* para que lo entendamos los legos.—En verdad, Pelágrin mio, que el poseedor del específico curativo de esas enfermedades (porque eso es lo que se quiso anunciar) debe ser algun castellano naturalote y castizo, poco amigo de metáforas y del lenguaje figurado, y que no es cosa mayor el rebozo con que debe manejar la sátira. Tambien me parece que debe ser de estos hombres de *échese y no se derrame*, pues no hay esquinia de provecho, ni piedra de la Puerta del Sol, ni columna del patio de correos, en que no haya pegado el triste recuerdo de los achaques á que estamos espuestos, si no nos agarramos á buenas aldabas. Si se va á leer la lista del correo de Andalucía, se estrella ¡la vista con las *enfermedades venéreas* del profesor del específico: si va uno á buscar su nombre en el de Castilla ó la Mala, da de hocicos con el honesto cartel: si va á reparar las atrasadas de la primera ó segunda semana, se estrella con el rótulo de mal agüero, de modo que no falta mas sino verle adoptado por sello de las cartas. Y como ha habido necesidad de fijar despues sobre él ó al lado de él otros anuncios, los cuales se van rasgando segun cesa el interés, han

quedado combinaciones muy graciosas. Léiase por ejemplo en un cartel PAZ, ORDEN Y JUSTICIA; resgóse este á la mitad, y ahora se lee debajo: Ó HUMOR GÁLICO. En otro ha quedado: TEATRO DEL PRÍNCIPE. HOY SE PONE POR PRIMERA VEZ EN ESCENA UNA PIEZA ORIGINAL DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, TITULADA..... ENFERMEDADES VENÉREAS. (1)—Señor, me decía Tirabeque, si los remedios abundan tanto, y las enfermedades son siempre mas que los remedios, ya andará buena la cosa en este punto.—Hazte cargo, Tirabeque, y no echés en olvido la reflexioncilla.



EL SANTUARIO DE LAS LEYES.



Hay en las provincias un deseo innato de ver las sesiones de Córtes. Cuando se leen los periódicos, rara es la vez que no se hacen comentarios sobre la importancia de las materias, juicios comparativos entre los mas señalados oradores, á quienes se llama *las primeras espadas*, y admiraciones sobre la respetuosidad que debe infundir la

(1) No han tenido poco que discurrir mis repartidores para haber de anunciar á Fr. Gerundio independiente de las enfermedades vergonzosas. ¡Que progreso tan vergonzoso!

naturaleza de la asamblea y el local mismo destinado á celebrarla. Regularmente suele concluir uno diciendo: «no quisiera morirle sin ver un par de sesiones;» á lo cual contestan como en coro los demas: *ni yo tampoco*. Asi es que al provinciano que se le terció venir á Madrid, no se le aparta de las mientes en todo el viaje la satisfaccion que vá á gozar de ver luego una sesion de Córtes: y si el viagero es hombre de estos aficionados á politíquear, sus intenciones no son de menos que de emplear la mitad de cada dia que esté en la corte en asistir á las sesiones.

Con este prolegómeno ya podrán vds. suponer las intencionazas que traeria Fr. Gerundio de encujarse al instante en el Congreso de Diputados. Como Fr. Gerundio, cuando tiene antojo de una cosa, es hombre de poquísima espera, no quiso dejar pasar un solo dia sin satisfacer su patriótica curiosidad, y encaminóse con su lego cuanto antes pudo hácia el santuario de nuestras leyes.

Tirabeque se sorprendió al ver los dos leones que están á la entrada: aun le duraba el terror pánico que le habia infundido el de Guadarrama. Pero luego vulvió en si, y me dijo: mi amo, estos dos leones representarán los dos partidos que luchan todos los dias allá dentro.—Ay Tirabeque! Si los dos partidos que tan encarnizadamente se disputan el poder, lucharan con la nobleza y generosidad del leon, otros fueran los resultados y otra la suerte de la patria. Pero ellos emplean

para desgarrarse y desgarrarla la fuerza del tigre y la astucia del caiman.

Como el centinela nos advirtiese que no llevando billete no se podía subir á las tribunas reservadas, hubimos de doblar la calle para entrar á la pública por el lado opuesto. Un muchachuelo acudió muy oficioso á recoger nos los bastones, y nos entregó targetas con los números correspondientes al lugar en que los colocaba, para que no se cambiasen ni pudiesen faltarnos á la salida. Este órden me gustó.

Mil veces le previne á Tirabeque cual habia de ser su comportamiento en aquel respetable recinto. Cuidado, hermano Pelegrin! Mucho silencio, mucha compostura, mucha circunspeccion! Vas á entrar en la asamblea augusta, en el santuario de las leyes: sábetete que el salon en que se tienen las sesiones era nada menos que la iglesia del Espiritu-Santo: ¡pensamiento feliz! haber destinado el templo del Espiritu-santo, la mansion del que ilumina los entendimientos de los mortales para el lugar en que los depositarios de la sabiduria humana dictan las leyes que han de regir esta grau sociedad de hombres que llamamos estado á nacion. Cuidado, Tirabeque! ¡Moderacion, gravedad, circunspeccion, silencio! No me comprometas con tus indiscreciones.

El reloj del salon daba las doce cuando entramos en la tribuna: aquel estaba todavia desierto, esta casi llena, y las reservadas lo estaban tam-

lien de señoras sentadas y de caballeros en pie. El sonido de un esquilon anunció que era llegada la hora de entrar en sesión; sin embargo ni un solo legislador parecía por aquellos sitios. Las diez era la hora señalada para nombrar Presidente, secretarios y escrutadores en la mesa electoral, cuando se hicieron en los pueblos las elecciones de estos mismos, y sin necesidad de esquilon acudían muy puntuales y aun se anticipaban á la hora para apoderarse de la mesa. *Entonces* eran candidatos: *ahora* ya son diputados. La patria *entonces* necesitaba de su actividad y de su celo: *ahora* ya todo lo tienen arreglado y corriente.—Al cuarto de hora sonó por segunda vez el esquilon, y el Espíritu-santo debía estar endemoniado por no tener todavía nadie á quien iluminar. Por fin compareció el presidente y algunos secretarios; pero aun hubo que tañer por la vez tercera el ahijon para que se dejasen ver algunos canónigos en el coro. Tres veces tocan tambien en Campazas á misa mayor los días de fiesta, especialmente en el verano, para dar lugar á que concurren los gallegos de la siega. El campanero del Congreso supongo yo que debe tener un sueldo muy decente.

Un sudor copioso, como el que anuncia la crisis de una fiebre y dulce como un baño de placer discurría por todo mi cuerpo descendiendo de la cabeza á los pies como un torrente de agua santa desgajado de la cima del Gólgota al ver ir en-

trando en el salón aquella elegante juventud legisladora, aquellos apuestos donceles, á cuya prudencia precoz hemos fiado los españoles el destino de nuestra patria; y entre los cuales se dejaba ver tal cual anciano, á la manera que asoma un pensamiento lúgubre entre las festivas sales y picautes epigramas que animan los brindis de un bullicioso festín. ¿Cómo no han de llevar nuestras leyes el sello de la madurez, de la circunspección y del tino emanando de aquellas cabezas, cuyos rizados bucles ondean con tanta gracia y suavidad sobre el campo de sus sienes, formando el verdadero y envidiado *molle arque facerum* de Horacio? La raya lateral del pelo, notable por su rectitud y blancura denotaba hasta donde llega la estudiosidad y conocimientos geométricos de nuestros legisladores, y se descubría por entre las montañas del cráneo como un arrecife abierto en peña viva en medio de un puerto para dar comunicacion á dos países cuyas relaciones hubieran quedado interceptadas desde los trastornos del diluvio. El rubio vigote ó la negra pera que se dejaba ver en muchos de los rostros, prueba que no son incompatibles, ni estan, como se cree, reñidas la ciencia de gobernar con el valor en los combates, y que el legislador y el guerrero pueden muy bien ser una individualidad lógica, como diría el señor Donoso Cortés, ó hallarse en un mismo sujeto, como digo yo Fr. Gerundio. Aquellos guantes blancos como el albayalde, ó amarillos como la

guta-gamba creerian algunos calculistas superficiales, de estos que no ven más que la corteza de las cosas, que los traian por mero adorno ó por esmerado lujo. Muy al contrario discurrí yo. En mi entender eran un humilde símbolo de su modestia, un recurso para encubrir aquellas manchas de tinta con que se afea la mano cuando se escribe mucho; y yo no dudo que ellos habrian estado desde que apuntó el día trasladando del cerebro al papel máximas profundas de saludable gobierno, ensayos de jurisprudencia ó planes de economía para dar la última brochada al cuadro de nuestra felicidad.

Los bancos se iban poblando; y los saludos desde ellos dirigidos á las tribunas, y correspondidos con un abanico y una sonrisa me persuadieron con gusto que nuestros legisladores no son ningunos rudos y severos esparciatas en el trato social: si bien esta evolucion era impracticable en algunos sin coigar el brazo derecho por detras del banco, sin cabalgar una rodilla sobre otra, y sin volver la espalda al presidente. Pero al cabo el presidente *es hombre*, y bien saben ellos hasta donde llega la etiqueta entre hombres en un *examen comparativo*. Entre tanto salian unos y entraban otros, y se sentaban estos y se levantaban aquellos, y cruzaban los unos acá y los otros allá; y todo era movilidad, y vida, y animacion, y patriotismo, y sangre hirviente.

La campanilla tocó tres veces á *Sanctus*, y el

presidente declaró abierta la sesión: un secretario subió á la tribuna, y supongo que leyó al acta de la anterior; y digo *supongo*, porque ni la oí, ni la hubiera oído, aunque tuviese oído de raposa; la tribuna pública guardaba profundo silencio. En seguida debió leer varios dictámenes de comisiones, porque al fin de cada uno de ellos esforzaba la voz y preguntaba «¿Se aprueba el dictámen de la comisión?» Y á renglón seguido decía: «Se aprueba.» Los signos de aprobación debían ser muy disimulados, y el secretario estar muy práctico en entenderlos, porque yo no les percibía á pesar de todo mi cuidado. En tanto y por no perder tiempo, como aquí en Madrid anda siempre el tiempo tan estirado, algunos diputados de la derecha (¡ó inefable aplicación de los diputados de la derecha!) leían los periódicos, ó se ocupaban en escribir. El simplon de Tirabeque creyó que escribirían su correo particular; pero yo con mas fundamento creo que serian observaciones importantes, ó apuntes útiles para *el país*. Los de la izquierda (¡ó inenarrable aprovechamiento de los diputados de la izquierda!) ó leían también, ó discutían entre sí puntos interesantes, ó ilucidaban privadamente las cuestiones: el bobon de Tirabeque las creía conversaciones familiares. ¡Cosa de legos!

El presidente tocó á *alzar* diciendo: «se abre la discusión sobre la orden del dia.» Veinte y cinco diputados pidieron la palabra á un tiempo y

con calor. Habló el mas listo (en pedirlo), gritó, se esforzó y se esgarrapitó con la razon. Pero algunos se hallaban tan embebidos en trabajar por la felicidad *del pais*, asi como otros le escuchaban con tal arrobamiento, que nada hubiera sido capaz de distraerlos. El senado de Atenas podia ser una reunion de chicuelos: soltó Acibia-des un pájaro y todos echaron á correr tras del pajarito. ¡Pero nuestro Congreso!! Aunque al conde de las Navas le hubiera dado la humorada de soltar una águila rapante ó un *serpenteon* alado, maldito caso hubieran hecho nuestros legisladores. Cuando se está labrando la felicidad pública, cuando se está correspondiendo á la confianza de los cominentes, cada padre de la patria es una santa Teresa de Jesus: de tal modo se arroban que no son de este mundo. Esto es admirable, y eminentemente político y religioso.

Tirabeque dió en la aprension de que cierto ruido sordo y continuo que no dejaba percibir al orador salir del Congreso, y me decia: «Señor, en el Concejo de Campazas cuando habla un regidor....,—¡Silencio, Tirabeque, y compostura! ¿Sabes dónde estás?—Señor que calleu los que hacen el ruido.—¡Tirabeque, circunspeccion! Mira: aquellos dos que se sientan ahora en el banco negro son dos ministros precisamente.—¡Ah señor! El diablo me lleve si no es mi amigo Sombreruelos aquel de la cara mustia que parece que le ha reñido su madre por venir tarde á la escuela.

¡Toma, toma! y se ponen á hablar con las piernas cruzadas. Vainos, mi amo. ¿Quién vio aquella formalidad de los capítulos de los frailes....!—Aguarda, que ha empezado á contestar uno de la comisión al que habló en contra.—Señor, si no se oye. Y me hizo retirar exclamando: demasiado *circunspeto* he estado yo: ¿No es verdad, señor?

A la salida hicimos entrega al chico de la tarjota, y él nos la hizo de los bastones: mas ¡cuál fue la sorpresa de Tirabeque al oírle pedirnos dos cuartos á cada uno por haber cuidado de ellos....!—Dyes, chico (le dijo); pues qué: ¿se paga entrada por ver una sesion como si se viniera á ver unos títeres? Ya no puedo creer que no te tenga asalariado el Congreso para que cuides de los bastones como es regular sin incomodar á las personas decentes con socaliñas: en fin, toma y déjanos en paz: al cabo todo ello es una tiñeria.—Si, pues vaya vd. al Senado, dijo el chico; allí no hay quien cuide de los bastones, y le sucede á vd. que si lleva uno bueno de wambú, y baja otro antes que vd., se sopla con él, y le deja á vd. otro de palo. Eso esta sucediendo todos los días: donde se los cuidan á vd. sin interés es en la bolsa.—¡Toma, toma! dijo Tirabeque; aquí todo anda cambiado. *El público* guarda compostura, y *los Diputados* hacen ruido, y en la entrada de la *Bolsa* hay mas desinterés que en la del *Congreso*, y en el *Senado* si uno se descuida le roban el baston. Señor, para el primer dia no va uno viendo malas cosas.